RECUERDO DE ANTONIO MACHADO EN BAEZA

Dejan los hombres su huella en las cosas, su estremecimiento. Yo fui a Baeza buscando esa estremecida huella inefable del poeta, como en un reencuentro con el alma ausente del gran solitario.

En Baeza, Castilla –una Castilla de oro y verdor– se asoma a Andalucía; o acaso Andalucía abre su alto muro de esplendores en Baeza, este pueblo dormido, tan de lleno en la eternidad de las cosas, como si la vida misma fuera en él de huida. Tierra ésta de bendición y de tedio; tierra atada al compás de un reloj parado, de una fuente, de un andar lento de un perro que se aleja por la amarilla vereda a morir, quizá, en el borde del camino. Tierra callada, muda, absorta de soledades y de crepúsculos de esplendor final de la luz. Tierra para la siembra y para tenderse, para mirar de frente el cielo y descifrar el alto vuelo del águila. Tierra donde la sombra tiene un pájaro oculto, un negro cuervo delante de nosotros, por el largo camino.

Iba yo por el pueblo buscando la huella del poeta, su larga sombra por el suelo, por los muros, los negros olivares. Iba reconstruyendo por las calles su negra estampa de enlutado universal, de halcón vencido, de fantasma ungido de poesía, tedio, indolencia: de desdén, de altivez, de cansancio infinito. Lo veía ideal, avanzar a veces por el duro suelo empedrado de las calles, las plazas, los patios; junto al muro, bajo los anchos aleros negros de los palacios sombríos. Lo contemplaba absorto, como un mástil de desgarrada nave, de no sé qué naufragio definitivo del hombre, de todos los hombres.

«Yo en este viejo pueblo paseando solo, como un fantasma». En esa calle lunar, en este portalón, en ese muro hay un estremecimiento del poeta, está indo-

lente ese fantasma vago y presentido. Yo le he sentido en ese escalofrío, en ese rumor del portal vacío donde un moscardón golpea el farolillo del Cristo amarillento; en ese ruido de polilla que tienen las rejas de las calles sombrías; en ese temblor de estrella que tiene el farolón apagado en la alta madrugada, cuando vibran los grillos lejanos y los altos luceros del alba. Yo he visto su fantasma en ese marmolillo de piedra que se dobla de cansancio; en ese perro flaco, galgo ya, y cervantino, que cruza solitario la plaza en la alta hora tremenda del alba; en ese murciélago que cruza el patio en el último fulgor de la noche, sobre el ancho cielo de espadañas que cubre de barandas la plaza. Lo he visto en esa inaudita alondra que se alza sobre el azul del cielo. Aquí está la evidencia del poeta, en su encontronazo con las cosas, la gente, el paisaje y su nostalgia. No tenía remedio Antonio Machado; no tiene remedio el hombre al que cercan sus fantasmas, sus pájaros sombríos.

Antonio Machado se miraba en las cosas: en la encina, en el agua, en la tierra. Se miraba en los espejos, en aquellos espejos verdeamarillos del Casino, donde el profesor bebiera su ración negra de café y de tedio cotidiano. ¡Ay esos espejos de los casinos, los cafés, las salas bajas! Esos espejos son su verdín de alga mustia, sobre los que como en una moneda dejaría su imagen romana, consular, de desterrado. Aquel mira los espejos con sus viejos fulgores apagados, cuando el poeta meditara «éste que soy será quien sea» porque ya no se encontraba sino vestido de sombra, de tiniebla, de cansancio; esa tiniebla, ese cansancio que de golpe se le venía encima, ante su propia faz confusa en el espejo. Aquellos huidizos cortinajes de los hueros salones de los Juegos Flores; aquellos mármoles funerarios de las escaleras, aquellos rincones de penumbra del Casino en los que don Antonio pondría su fantasma clavado, negro, como un mascarón de proa de la sombra, de la nave de sombra que le surcaba y de la que era capitán de navío.

Luego, el Instituto, con sus patios, sus pasillos con ese aire tonto de Balneario o de Sociedad Económica de Amigos del País, y, al fin, su clase, la clase de Antonio Machado, como un recinto de silencio en esta hora del atardecer lento del verano. La puerta, al abrirla, se queja en los goznes, me deja paso. Estoy ahora solo. Un balcón se abre al patio. Entra la luz violeta de la tarde. Cruza el cielo una golondrina. Frente a mí, la mesa de profesor, una vulgar, vieja, ano-

dina mesa de Instituto de pueblo. Detrás de ella el sillón, feo, de cartón pintado imitando cuero, con sus medallones falsos, de relieve. El negro encerado hule como un tarjetón funerario. Sobre el sillón, una litografía tremenda del Sagrado Corazón, con su marco plano, como un escapulario grande.

Sobre el blanco muro, muñecos pintados por los niños: un tío con sombrero; quizá quiera ser éste el profesor poeta atolondrado. Unos números romanos detrás, en tinta gruesa: «XXIX». Muros blanqueados. Silencio. Olor débil a madera de pino viejo, ese olor colegial de las clases vacías. Un crujir trémulo de la tarima del profesor que llena el total silencio de la clase, del patio, de la hora.

Pasa de nuevo por el instante relojario de mi emoción la vaga sombra fantasmal del poeta. Cae la tarde allá por los *campos de Baeza*. Cruza de nuevo el cuadro azul del cielo una golondina. Pienso que somos fantasmas ciertamente, sombras de otras sombras, hilos de la gran red envolvedora que es la muerte. Que somos sombra y vago pensamiento. Tiempo que se nos va agotando en esa hora del corazón.

Hora de mi corazón;
la hora de una esperanza
y una desesperación.

Ya no hay tiempo, Maestro. Tú contarás tu esperanza en otros números sin tiempo, sin ese plazo fijo del vencimiento nuestro. No hay salida. Nos vamos.

Maestro, en tu lecho yaces,
en paz con ella o con él...

Tiene esta clase algo de camposanto; algo de capilla vacía de cementerio, algo total, triste y desvelado, en esta hora. Los niños, en estas clases, son más tristes; los profesores, también. Desde aquí comprende uno un poco la infinita tristeza del poeta, en este cuarto blanco donde dejó su palabra subirse como la hiedra por los muros arriba, por los blancos muros encalados. Son tristes estos pueblos, inmensamente tristes y desgarrados. Le venía bien este pueblo y esta tristeza a la palurda soledad triste del poeta. Le venía bien esta clase de melanco-

lía, este muro de pena que le cercara un día como una celda de prisión ideal. Le venía bien esta luz que le caía del cielo como un mensaje de esplendores y horizontes lejanos, de lluvias en los campos, los habares y las encinas. Le venía bien a Machado esa soledad que en Baeza tiene señorío y presencia.

Uno piensa en el destierro del poeta, desgarrado, atado al suelo, a la nómina tremenda de su diario vivir, y desde aquí, desde esta clase vacía, se nos hace más desgarradora su soledad, su estampa de cesante, de eterno caminante de veredas ideales, porque desde este rincón, desde esta clase vieja, con su estrafalaria arquitectura, con su desvencijarse, su inmediata ruina de desván o de sala baja en desuso, el mundo y su falso esplendor están infinitamente lejanos, imposibles. Queda el paisaje, el ancho horizonte. *Montes de Cazorla...*

...Y ese olor
que arranca el viento mojado
a los habares en flor.

Sí, queda la poesía, pero no satisface enteramente al corazón, ni enteramente libera al poeta de su hora relojaria y tonta. Desde aquí la soledad machadiana, su nueva moneda en curso, tiene la desolada angustia del destierro, de forzado, de galeote indolente y resignado. Aquí hay entrega al destino, al cansado caminar sin salida, sin retorno.

Antonio Machado se nos iba muriendo todas las tardes en esta clase. Se nos iba muriendo a chorros por este pueblo, por sus horizontes, sus campos, sus calles de los desamparados.

Salgo a la calle...

¡Y algo nuestro de ayer, que todavía
vemos vagar por estas calles viejas!

pasa.

MANUEL OROZCO DÍAZ

(*Caracola*, 84-85-86-87, octubre-noviembre-diciembre de 1959, enero de 1960)